

LOS CUENTOS DEL REPERTORIO

LA GRAN ANGSTIA

POR J. ALBERTAZZI AVENDAÑO

(A la memoria de FEDERICO DÍAZ DURÁN).

SE llamaba Silvio De Martini y había nacido en una aldehuela acurrucada al pie de los Alpes. Hijo de labradores que aun hablaban con acento galicado y suspiraban por Córcega y Saboya, hizo vida de campesino en los primeros años. En verano llevar las cabras al aprisco, cantando en piamontés los aires de su región, y en invierno,—enfundado en un grueso y antiguo gabán que era sucesiva herencia entre los hermanos, y cubiertos los pies por rudos zapatones claveteados,—iba a la escolita municipal, donde un maestro enseñaba cuentas, a escribir, a leer, a venerar a Garibaldi y a amar el irredentismo.

Todo habría continuado así por algunos años más, en esa beatífica quietud rural, a no haber mediado la visita que a su casa, en viaje de estudios, hizo un Profesor turinés. Habló con Silvio; le notó talento; se dolió del aislamiento en que vivía; pensó en el fracaso intelectual de esa vida—expuesta, como débil llama, a los vendavales de la incomprensión—y habló e insistió con los padres de Silvio, hasta que consiguió que lo dejaran ir consigo a Turín, donde él lo haría ingresar en un colegio y de cuyos gastos él se haría cargo.

La partida fué una mañana plena de sol, en que los Alpes parecían, según el bello decir del dulce Gutiérrez Nájera, «lavados por los Angeles». Los pobres viejos dieron los últimos consejos al hijo que los abandonaba; y al abrazarse los tres, en un supremo adiós de despedida, parecía el muchacho una de esas lianas que en nuestros bosques tropicales se enredan a los viejos árboles musgosos, para poner sobre sus copas—como en una eterna renovación de vida—la radiante diadema de sus flores.

Fuó a Turín; hizo buenos estudios durante dos años, pero hizo malas amistades. Con no tener familia en la ciudad y no saber en qué entretener el tiempo que le sobraba después de sus clases, encontró camaradas que lo llevaron de aquí para allá, a paseos y a clubs. El vino y la alegría fácil y bulliciosa de nuestra juventud latina, fueron ganando terreno al estudio, de tal suerte que al año siguiente ya no ingresó al Colegio; y en una fría mañana de invierno, en que la nieve ponía su blanca desolación sobre los techos, y las chimeneas borran sus columnas de humo bajo un cielo gris de pizarra, Silvio De Martini, ahora

un muchacho de quince años, que sentía en su cabeza golpear las alas de un pájaro azul de ensueño, un poco desencantado, y saludando con la mano el quieto rincón donde quedaban sus padres y sus recuerdos de infancia, tomó un trasatlántico que había de conducirlo a Buenos Aires.

A la Argentina, se dijo, siguiendo la tradición de los millones de inmigrantes de su patria que año tras año llegan a sus playas; al país que, en su idioma, tiene un significado de plata, de dinero, de riqueza, en fin; a la tierra de promisión... Y a Buenos Aires llegó una tarde de fiesta primaveral, casi como otra tarde llegara aquel pobre Marcos del cuento de Amicis.

Como tenía talento, y era simpático y tenía quince años, aunque no sabía hacer nada con especialidad, trabajó en muchos sitios y en muchas activi-

dades diferentes: diarios, casas comerciales, empresas ferrocarrileras, destinos públicos. En cerca de diez años, trabajó en todo lo que él podía desempeñar en Buenos Aires. Lo tentaba, no obstante, la afición al teatro; y en una ocasión en que en esa ciudad se desorganizó una Compañía Dramática, De Martini se improvisó Director, sumó los elementos dispersos, y pocos días después la Compañía estaba dando funciones en uno de los teatros de tercera clase de la Capital bonerense.

El negocio no era del todo halagüeño. Eso no habría sido gran cosa, sin embargo. A esta sazón, De Martini había contraído matrimonio con una artista de su Compañía, y desde días, venía notando que uno de los actores, a quien él había distinguido con su predilección, hacía objeto a su esposa de finezas exageradas que lo intranquilizaban y lo hicieron ponerse en guardia. Él sabía que la vida es una comedia y en el drama y la comedia de su teatro vivía él; sabía que la lucha de las pasiones y de los intereses humanos constituyen una farándula y él trataba cada noche en representar esa farándula en la escena; pero, con todo, no se resignó a ser víctima de la come-



FABRICANTES - IMPORTADORES

COMERCIO NACIONAL

Nuestro café procede de las más afamadas fincas de la meseta central y tostamos solamente las MEJORES CLASES.

Quien habla de la

CERVECERIA TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en C. R.

Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES:

FABRICA

CERVEZAS
Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS
Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Gin-

ger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES
Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas. Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE



COSTA RICA